

MENTIRAS CREÍBLES Y VERDADES EXAGERADAS

500 AÑOS DE LEYENDA NEGRA



ENRIQUE SUEIRO

PRÓLOGO DE JOSÉ ANTONIO ZARZALEJOS



**KOLIMA
BOOKS**

**MENTIRAS CREÍBLES Y
VERDADES EXAGERADAS
500 AÑOS DE LEYENDA NEGRA**

ENRIQUE SUEIRO

PRÓLOGO DE JOSÉ ANTONIO ZARZALEJOS



Título original: *Mentiras creíbles y verdades exageradas. 500 años de Leyenda Negra.*

Primera edición: Marzo 2022

© 2022 Editorial Kolima, Madrid

© Enrique Sueiro

www.editorialkolima.com

Autor: Enrique Sueiro

Dirección editorial: Marta Prieto Asirón

Maquetación de cubierta: Beatriz Fernández Pecci

Maquetación: Carolina Hernández Alarcón

ISBN: 9788418811685

Producción del ePub: booqlab

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de propiedad intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A Lourdes, verdad amable de mi historia personal.

*A toda persona que quiera conocer verdades ignoradas que
ayudan a comprender la realidad.*

*A quienes, por su cargo directivo, deben combatir mentiras
agradables y asumir verdades incómodas.*

Índice

Prólogo

Apertura (mental)

1. Adaptar la percepción a la realidad, no al revés
Si es una leyenda, el color da igual
2. Desvelar la mentira de la verdad exagerada
Hispanoamérica, según Las Casas
3. Combatir la mentira de la verdad omitida
Impacto de la ignorancia: colonialismo comparado
4. Verificar datos, ofrecer contexto y embridar emociones
Comprender sin justificar: Inquisición española y represión extranjera
5. Conocer claves del comportamiento humano
Personalidad de Felipe II y su secretario Antonio Pérez
6. Saber comunicar reputación
Vanguardia oculta, lastre manifiesto: España, entre los grandes países
7. Gestionar lo anecdótico y lo sintomático

Ni magnificar lo puntual ni silenciar lo habitual: la Armada española

55 reflexiones ejecutivas

Gracias

Notas

Bibliografía

Prólogo

Una España sin relato

Este libro que me honro en prologar no lo es de historia en sentido estricto, aunque verse sobre hechos de nuestro pasado, decisivos en la conformación de la imagen de España y en la autopercepción por los españoles de su propio devenir. Tampoco es un ensayo sobre comunicación reputacional estrictamente, aunque el autor sea un acreditado especialista en la materia. Se trata de una obra híbrida que, con gran erudición y abundancia de datos contrastados, escoge episodios históricos decisivos para nuestra nación y demuestra cómo no hemos sabido transmitirlos de una forma tal que, respondiendo a la veracidad de los acontecimientos, mostrasen a su través nuestras virtudes colectivas y nuestras carencias individuales y sociales, al igual que, con habilidad, han logrado otros países que en su tiempo se convirtieron en feroces adversarios de España.

Mentiras creíbles y verdades exageradas de Enrique Sueiro, subtulado «500 años de leyenda negra» es un texto que no pretende, creo, competir con otras obras de referencia sobre el origen y el desarrollo de la fabulación que atribuye a nuestros más grandes logros –desde la civilización de la América hispana hasta nuestra presencia en los territorios al norte de la hoy república francesa– lacras que como un mantra se han ido transmitiendo de generación en generación hasta alcanzar a nuestros días. El alma de este libro consiste en explicar cómo la historiografía no ha rectificado las «verdades exageradas» a las que alude el autor y que se han convertido en «mentiras creíbles» configurando así un

cuerpo de doctrina que sienta el principio indiscutible de que España y los españoles, prácticamente durante los tres siglos de su hegemonía imperial, se comportaron de forma neroniana frente a las actitudes poco menos que humanitarias, comprensivas e integradoras de potencias coloniales como la británica y la francesa, y otras menores pero relevantes, como la belga, y recientes, como la soviética y la estadounidense a las que el profesor procura un higiénico repaso crítico. En definitiva, se trata de una indagación del porqué la «leyenda negra» se ha instalado en la cultura histórica –y en la política– que se maneja sobre nuestro país y que los españoles hemos asumido con una cierta mansedumbre intelectual.

La comunicación reputacional es «performativa», es decir, que al emitirse transforma la realidad percibida y muta su vibración estableciendo el estado de opinión pretendido. En nuestros días esa capacidad de presentar la realidad de un determinado modo, con el lenguaje adecuado, mechando en él las emociones y los sentimientos, secuenciando los hechos con rigor, pero con intención, es todo ello lo que conforma el relato también denominado «storytelling». Y justamente es de relato, de ese relato reputacional, del que España ha carecido. Y Enrique Sueiro explica la razón de esa omisión que es idiosincrática en España.

Quizás fuera adicionalmente necesario incorporar a la constatación de esa insuficiencia crónica de la política y la historiografía españolas algunas reflexiones diagnósticas sobre los rasgos psicológicos del biotipo español que se caracteriza por una suerte de quijotismo –es decir, de orgullo tantas veces mal entendido– que suele despreciar los intangibles para atenerse a las materialidades, a los elementos objetivos de la realidad como si estos tuvieran por sí mismos capacidad de comunicación. Lo que enlaza con una actitud que, siendo orgullosa, es también resignada y de raíz confesional: el evangélico de «por sus hechos los conoceréis».

Decididamente, los hechos no tienen capacidad de relatar su ontología, sino que se someten a interpretación y enjuiciamiento en un debate caleidoscópico en el que intervienen tanto el rigor como la emoción. Por eso provoca asombro –y lamentación– que los episodios radiografiados en el libro, sin duda los más protagonistas de nuestra entidad histórica y los más contribuyentes a la leyenda negra, se presenten sin la versión contrastada en beneficio de la negativamente exagerada urdida por los adversarios de la larga hegemonía histórica de España. El autor demuestra así que la técnica performativa del relato no es un hallazgo contemporáneo en la comunicación reputacional, sino un mecanismo propaganda que comenzó, a la manera en la que entonces resultaba posible, hace un buen puñado de siglos. A fin de cuentas, los detractores más aviesos del imperio español fueron Bartolomé de las Casas y Antonio Pérez, y los autores confesos del pesimismo patrio de finales del siglo XIX fueron egregios españoles que integraron la llamada «Generación del 98».

La lectura de este libro es apasionante porque introduce el bisturí del análisis, con toda suerte de datos, hasta alcanzar la localización de la tumoración maligna que emponzoña nuestra historia y crea a los propios españoles una baja estima en su condición nacional. Se atribuye a Antonio Cánovas del Castillo la frase amarga de que «son españoles los que no pueden ser otra cosa», un lamento inspirado por la dificultad casi insalvable de definir la nacionalidad española en un proyecto de constitución. La frase del que fuera uno de los políticos más relevantes del siglo XIX remite al efecto perverso que la ausencia de relato histórico gratificante –a la vez que justo– sigue causando en la cohesión de España. Nuestra estima, por los suelos.

En este sentido, Enrique Sueiro parece muy consciente de la gran actualidad de su trabajo porque el sustrato de la crisis territorial de la nación –irresuelta por la Constitución de 1978 pese al establecimiento de un modelo de Estado autonómico– es que

España está en la picota porque, como afirmó un expresidente del Gobierno, su naturaleza nacional es «discutida y discutible». El factor afectivo de la pertenencia se ha ido debilitando de manera progresiva y, en los momentos más cruciales de nuestro presente, se ha anclado en el brumoso pasado: la fecha mágica del secesionismo catalán es 1714 y el integrismo sabiniano vasco se remonta al mito del cantabrismo de la época romana y a fabulaciones posteriores.

Esas tensiones segregacionistas en nuestro país, que arrancan de principios del siglo XX aunque tienen sus raíces en el romanticismo anterior y se agudizan con la II República y reaparecen después de la transición democrática, tienen que ver con la ausencia, en unas ocasiones, y el disenso, en otras, del y sobre el relato nacional, del olvido de las vinculaciones históricas estrechísimas que nos aglutinan en un proyecto colectivo secularmente mantenido y que ha protagonizado momentos estelares de la historia hurtando a estos efectos el título de una de las mejores obras de Stefan Zweig.

Por las razones que expone puntiliosamente el autor, esos momentos «estelares» de España se han convertido en episodios tantas veces umbríos a los que se han restado épica y mérito por los adversarios, que no han encontrado réplica en una España que es nación, pero cuyo Estado, en su versión medieval, pero también contemporánea, no ha alcanzado el grado de profesionalización para comportarse como un jugador principal en las relaciones de poder internacionales.

En ese orden de cosas, es grave el embate de los populismos bolivarianos –México, Perú, Nicaragua, Venezuela– que exigen imperativamente que nuestros más altos representantes políticos e institucionales «pidan perdón» por la mayor obra –inconmensurable– de España: su acción civilizatoria en América con cuyos indígenas nuestros ancestros, como ningún otro pueblo colonizador, se fundieron en una confraternización inédita en los anales de la historia. Unen estos dirigentes a la altivez, la

iconoclastia como nueva forma de «cancelación» en un ejercicio escandalosamente banal de lo políticamente correcto, un concepto que desgarrar la interpretación histórica e impone los cánones no solo de lo que debe decirse, sino de cómo debe pensarse.

Uno de los grandes aciertos de esta obra consiste en su carácter pedagógico y proactivo. No se limita a relatar cómo la Armada española fracasó en su invasión de Inglaterra, ni cómo los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II se ocuparon de la humanidad íntegra de los naturales de las tierras colonizadas, ni de cómo los Estados Unidos manipularon un accidente naval para convertirlo en un motivo de conflagración bélica en Cuba, ni como Julián Juderías resumió en un extraordinario párrafo que los españoles no fuimos mejores que otros pero tampoco peores en nuestra conquistas, ni cómo, en fin, Antonio Machado se duele en carta a Ramiro de Maeztu, glosándole admirativa pero también penosamente, su «Defensa de la Hispanidad».

Sueiro introduce al final de cada uno de los siete capítulos de la obra una práctica «síntesis reputacional», unos breves y atinados consejos –a veces solo reflexiones– para que, aplicándolos, no persistamos en el quietismo resignado de un pueblo con una historia que habría que esconder en vez de mostrar. Igual mención elogiosa merecen las 55 reflexiones ejecutivas con las que concluye este ensayo que cierran lo que el autor considera «un somero repaso a algunos episodios de la historia de España desde una perspectiva de comunicación directiva y de gestión reputacional».

Concluyo esta breve introducción destacando la originalidad de este texto que, además de erudición histórica (véase la bibliografía consultada y el gran número de notas a pie de página que aportan rigor científico al libro), ofrece una visión diferente en el entendimiento del sesgo canónico –y no por ello auténtico– con el que se ha leído y analizado la historia de nuestro país. Por lo demás, la aportación a la ciencia de la comunicación resulta obvia.

Es esta una obra de consulta obligada que tiene la virtud de ofrecer criterios estandarizados para afrontar cualquier tipo de relato. Se trata, en definitiva, de una lección de historia, pero también de una erudita y original manera de apelar a la comunicación performativa de la realidad de España en cualquiera de las muchas facetas en las que nuestro país requiere de alguien, muchos, que le escriba para evitar la exageración de las verdades y destruir la verosimilitud de las mentiras creíbles.

José Antonio Zarzalejos

Periodista y escritor

Apertura (mental)

Saber sí ocupa lugar y, sobre todo, tiempo.

Habla el ignorante sin pudor y calla el sabio con temor.

Cuando el ignorante habla suele pontificar, exagerar y adjetivar.

Cuando el sabio habla suele dudar, matizar y sustantivar.

Si alguien nos cae mal, no llegaremos a reconocerle ni una brizna positiva.

Si alguien nos cae bien, atenuaremos hasta su barbarie más evidente.

Cuando estas premisas se aplican a asuntos complejos y distantes en el tiempo, se aleja aún más la posibilidad de hacerse una idea cabal de la realidad.

El hilo conductor de estas páginas es la Leyenda Negra, esa serie de estereotipos que, de forma consciente o no, transmiten una imagen falsa de la realidad histórica de España al magnificar bajezas y ocultar grandezas, en particular desde el siglo XVI. Este libro no es de historia, aunque se refiera a ella; habla de la Leyenda Negra, mas no agota el tema, y lo aborda desde una perspectiva de comunicación reputacional, que no es la única posible.

He disfrutado leyendo miles de páginas de obras y sitios de Internet porque quería saber. Aun a riesgo de equivocarme, intuyo algo parecido a lo que percibo al leer periódicos: que gran parte

de lo publicado es cierto, pero no más que lo omitido. Y que la clave está en la proporción.

Los títulos de los capítulos tienen vocación de antídotos de esa Leyenda Negra, trasplantables a la gestión de cualquier organización humana. El primero aborda la necesidad de adaptar la percepción a la realidad, conscientes de que, si un relato es leyenda, el color da igual. Los capítulos segundo y quinto se centran en personajes clave para entender la Leyenda Negra: Bartolomé de Las Casas, Felipe II y su secretario Antonio Pérez. El motivo de pormenorizar detalles de su personalidad y comportamiento es comprender mejor su impacto en los argumentos negrolegendarios utilizados contra España. Tanto el tercero –colonialismo comparado– como el cuarto –la Inquisición– pretenden arrojar luz con unas verdades frecuentemente ignoradas de un contexto en el que otras se transmiten de forma exagerada. Ese mismo propósito guía el contenido del capítulo sexto, sobre una realidad española de vanguardia que, por desconocimiento, se percibe de forma injusta. El séptimo ejemplifica –con sucesos en torno a la Armada– cómo, no solo la mentira, sino magnificar lo puntual y silenciar lo habitual genera desinformación. El contenido se completa en la conclusión con medio centenar de reflexiones ejecutivas.

Evitar la extrema defensa y el radical ataque, sin matiz intermedio

Salvo fallo de memoria, desde que tengo carné de conducir (1986) me han notificado cuatro multas de tráfico. No menos cierto es que he cometido más infracciones que esas sancionadas. Cualquiera que publicara esto, detallado minuciosamente en varios volúmenes y traducido a diversas lenguas, estaría diciendo una verdad; pero si solo hablara de ello estaría transmitiendo al mismo tiempo una manifiesta falsedad. Quienes más me aprecian omitirían de mi pasado, probablemente, esas cuatro multas que

realmente existieron. Y quienes se empeñen recabarían detalles también reales. El círculo manipulador se cerraría si, cada vez que se informase del tráfico, se recordara mi caso y solo se hablara de él.

La información accesible condiciona la percepción. Bien lo sabían los gestores de la imagen de Franklin Delano Roosevelt. De las 35.000 fotografías conservadas en la Roosevelt Presidential Library, solo dos muestran al presidente estadounidense en silla de ruedas.¹

Apenas me ha resultado novedoso lo que he leído sobre lo muy difundido de la historia de España. Sin embargo, me ha sorprendido lo que ahora he conocido y que ha tenido una difusión mucho más restringida.

A toda costa quiero evitar la visceralidad que se percibe en algunas fuentes que van desde la extrema defensa al radical ataque, sin matiz intermedio. Como ilustra Javier Fernández Aguado en *Liderar en un mundo imperfecto*, hasta los más altos ideales incurren en errores y barbaridades. Aun en la más cruel perversidad se encuentra algún atisbo positivo.

No creo que los españoles, con nuestro historial más brillante, seamos sustancialmente mejores que los franceses, ingleses, alemanes, holandeses o portugueses, con páginas también gloriosas de historia. Tampoco estimo que nuestras bien conocidas brutalidades superen las aberraciones más ignoradas e igualmente ciertas de nuestros vecinos europeos. Cuanto más sabemos, más necesitamos matizar lo que afirmamos. Buena ilustración es la respuesta que se adjudica a Chesterton cuando le preguntaron qué opinaba de los franceses: «No sé, no me los han presentado a todos».

Los españoles se consideran, injustamente, inferiores

A la vista de los datos contrastables, parece que hay amplio margen para seguir aprendiendo sin miedo a la verdad. Sigue actual la sentencia atribuida a San Gregorio (siglo IV) de que «no hay peor escándalo que querer suprimir la verdad por miedo al escándalo».² Donde también se aprecia opción de mejora es en la autoestima de los españoles. Según encuestas del Real Instituto Elcano, España recibe mejor valoración de los extranjeros que de los nacionales, y los españoles nos apreciamos menos a nosotros mismos de lo que otros ciudadanos valoran a sus propios países. Tres botones de muestra dentro de Europa: vemos el país como «corrupto» (64 % frente al 27 % de los europeos), «débil» (52 % frente al 25 % de nuestros vecinos) y «pobre» (62 % frente al 43 % de ellos).³ Se confirman tanto la saludable actitud de los españoles de no considerarse superiores, como su injusta tendencia a creerse inferiores. En tan singular proceso de extranjerización, con llamativa asimetría confluyen ignorancia y embelesamiento. Al desconocimiento de los méritos propios y de los fracasos ajenos se suman una desproporcionada admiración por lo foráneo y una minusvaloración patológica de lo nacional.

Cada cifra, cada porcentaje, cada enumeración, cada argumento aquí expuesto requeriría no pocos matices y elementos adicionales de contexto. Abordarlos todos resultaría inviable y, de conseguirlo, haría ilegible el resultado final. Sería una especie de Boletín Oficial del Estado (BOE) que recogería todo y, precisamente por eso, casi nadie consultaría. En el extremo opuesto, excesiva síntesis, el riesgo también acecha. La Agencia Central de Inteligencia (CIA) de EE.UU. resume tanto el párrafo informativo sobre España que apenas hay referencia a nada relevante entre su época dorada (siglos XVI-XVII) y la dictadura de Franco (1939-1975).⁴

A esta limitación deben añadirse, al menos, tres condicionantes específicos de la subjetividad y relatividad de los textos históricos: las connotaciones de las palabras que nombran hechos, el modo

de surgir la historia como tipo de conocimiento y los diversos puntos de vista según sus protagonistas.⁵

Sobre este último aspecto, la perspectiva de los actores, resulta iluminador conocer versiones y argumentos de unos y otros, ya que sus vivencias y percepciones pueden diferir notablemente. Hernán Cortés y Moctezuma encarnan un ejemplo esclarecedor. Parece que el español tomaba la iniciativa para conseguir su conversión al cristianismo. Cuando el conquistador comparaba la aberración de los sacrificios aztecas con la sencilla misa católica, el líder mexica, que escuchaba con interés, respondía que le parecía menos execrable sacrificar personas que comer la carne y la sangre del mismo Dios.⁶ Se ignora si llegó a producirse contrarréplica para explicar este misterio de la fe como renovación incruenta de la muerte de Jesús en la cruz.⁷

Comunicar es también gestionar percepciones

La reputación, aunque se refiere a algo real, se basa más en la percepción de esa realidad... y lo que se percibe no siempre coincide con lo que es. Hay personas, organizaciones y países que son mucho mejores de hecho que su reputación. Y viceversa. De ahí la relevancia de conseguir, primero, un buen producto o servicio y, después, una percepción (positiva) acorde con esa realidad (buena). Nada menos. Gran falacia la de comunicar bien algo malo. No funciona a largo plazo.

Con frecuencia el problema es de comunicación en su vertiente de gestionar percepciones. Veamos un ejemplo sobre reputación nacional. A modo de test orientativo, cabe ensayar con el siguiente cuestionario de historia:

1. ¿Dónde murieron menos personas quemadas en la hoguera acusadas de brujería?

A. Alemania

B. Inglaterra

C. España

2. ¿Qué país organizó, en el siglo XIX, la primera campaña médica de vacunación internacional?

A. España

B. Estados Unidos

C. China

3. ¿Qué país promovió las lenguas locales de los territorios colonizados y construyó universidades y hospitales?

A. Holanda

B. Francia

C. España

4. ¿La monarquía de qué país prohibió expresamente maltratar a los indígenas y utilizarlos para el mercado internacional de esclavos?

A. Portugal

B. España

C. Inglaterra

5. ¿En qué país europeo se sigue conmemorando en el siglo XXI a un autor (Lutero) que en el siglo XVI incitó a quemar sinagogas y escuelas judías?

A. Alemania

B. Francia

C. España

Contra la verdad exagerada y la verdad omitida

Tener mala fama puede ser tan triste como, a veces, justo. Si mi comportamiento o mi servicio son deficientes, parece lógico que ello se refleje en mi reputación. Lo lamentable es cuando falta concordancia entre percepción y realidad. Hay preguntas de gestión con muy fácil respuesta: ¿Qué puedo hacer para que no me perciban como ladrón, borracho, corrupto, mentiroso o vago? Lo primero, dejar de robar, de beber, de trapichear, de mentir, y ponerme a trabajar. Corregida la realidad, si persiste la percepción negativa, tengo un problema de comunicación.

La Leyenda Negra es un caso palmario de reputación injusta para España, no porque sean falsas muchas acusaciones, sino por el recurso a exagerar lo negativo y omitir lo positivo. Paradójicamente, es lo contrario a lo que ocurre en otros países, que magnifican logros y minimizan crueldades, que también tienen. Así se verifica con las respuestas correctas del test: 1: C; 2: A; 3: C; 4: B; 5: A.

La historia de España desde el siglo XVI brinda lecciones fáciles de aplicar, si se quieren corregir errores de percepción. El tema es por supuesto más complejo de lo que apenas se puede esbozar en estas líneas. Una primera conclusión: es importante profesionalizar la comunicación de aquello que se gestiona, sea un imperio, un país o una empresa.

La nación que hoy alberga la capital de la Unión Europea es un claro ejemplo de cómo amortiguar unos datos históricos que habrían relegado a cualquier otro país al ostracismo reputacional. Mientras forma parte de la cultura popular el historial negrolegendario español, apenas se conocen y condenan barbaries como la de Leopoldo II de Bélgica a finales del siglo XIX. La empresa de la que era propietario en el Congo esclavizó y llevó a la muerte a millones de personas. Algunos comparan esa masacre con el Holocausto nazi. Qué necesario es, al recibir cualquier noticia, leer entre líneas, y más difícil aún: ante las omisiones injustas, poner las líneas que faltan para hacer justicia a la verdad.

La verdad no es la equidistancia entre dos mentiras

En algunas páginas, como presunto ejercicio de objetividad, brindaré versiones con datos diametralmente opuestos. Soy consciente de que, ante dos proposiciones contradictorias, una al menos es siempre falsa, y a veces ambas. Paradigma de ello es el cálculo de la población indígena en América antes de 1492. La realidad no es la media entre los 13,5 y los 700 millones que exhiben diferentes fuentes, de igual forma que la distancia real entre Pamplona y Madrid (400 km) no es la media ni la mediana entre quienes puedan sostener que son 250 o 550 km. No. La verdad no es la equidistancia entre dos mentiras. A esto se añade la sospecha de parcialidad si no se aportan datos contrarios, por hiperbólicos que sean. Es el caso del número de indígenas muertos por los españoles sin discriminar, por ejemplo, entre los directamente asesinados y los fallecidos por enfermedades, portadas o no por los colonizadores.

También merece recordarse que reproducir fielmente lo que alguien dice no significa que lo dicho sea fiel a la verdad. Por ejemplo, si afirmo que «los Reyes Católicos enviaron el primer hombre a la luna», además de falso es inverosímil. El problema se agudiza cuando algo falso resulta verosímil (similar a lo verdadero), como decir que «durante trescientos años de caza de brujas, la Iglesia quemó en la hoguera nada menos que a cinco millones de mujeres». Ambas frases son falsas, pero una de ellas pasa por verdadera para los millones de lectores de la novela que lo afirma, *El Código Da Vinci*. Hay que estar alerta para rechazar premisas falsas asumidas como incuestionables, no dar por hecho lo que no lo es. Hannah Arendt advierte del terrible impacto de relatos inverosímiles que, sin embargo, cuentan con «suficiente plausibilidad» para la propaganda efectiva.⁸

En 2002 acompañé a un equipo de la televisión pública austriaca, *Österreichischer Rundfunk* (ORF), que visitaba Pamplona para un reportaje. Transitando por el céntrico Paseo de Sarasate,

encontramos el espectáculo de unas jóvenes bailando flamenco sobre un tablao. Como un resorte, el cámara empezó a grabar. Con intención de contextualizar para quien quizá veía flamenco por primera vez en vivo, le expliqué que ese vistoso baile no era originario ni típico de Navarra, sino de Andalucía. Seguimos adentrándonos por el casco antiguo y, en plena calle de San Nicolás, el reportero observó dos pancartas blancas en sendos balcones. Me preguntó qué significaban la imagen de aquel mapa y la leyenda que lo acompañaba. Se trataba de la representación nacionalista de Euskal Herria, que integra en su proyecto los territorios de Navarra, Euskadi y el País Vasco francés. El texto «*Euskal Presoak, Euskal Herrira*» venía a reclamar el traslado de los «presos vascos» a Euskal Herria. En este punto añadí dos matices que me parecían relevantes y que conocía bien por haber nacido en Pamplona y haber vivido allí mis primeros cuarenta años. El primero era cuantitativo: esas pancartas eran tan reales como minoritarias allí entonces. El segundo era una explicación obligada para quien desconociera el contexto social y político, ya que esos «presos vascos» no estaban en prisión por ser vascos, sino por pertenecer a la banda asesina ETA.⁹ La aclaración era y sigue siendo pertinente a mi entender, entre otras razones porque algunos de los años con más asesinatos etarras coincidieron con una triste percepción de esta realidad en otros países europeos. Francia consideraba «refugiados políticos» a los terroristas que asesinaban en España y se escondían en el país vecino. La BBC británica denominaba «grupo separatista» a la banda criminal.

Nunca llegué a ver el reportaje emitido por la ORF, pero muchas veces he pensado en el impacto que aquellas imágenes podrían tener en los televidentes austriacos si se emitían sin un encuadre adecuado.

Ese marco llega con el tiempo, cuando se reúne información clave que en un primer momento es difícil de obtener. La precipitación – tan propia de las redes sociales de nuestro tiempo– explica la desafortunada portada de un periódico como *Le Monde* al día

siguiente de la masacre de Hiroshima el 6 de agosto de 1945. El titular principal del rotativo parisino informaba de que «los americanos lanzan la primera bomba atómica sobre Japón» y lo calificaba de «*révolution scientifique*». Quien escribió esas palabras quizá no tardó demasiado en arrepentirse de equiparar aquella matanza con un avance tecnológico.



Portada de *Le Monde* del 7 de agosto de 1945.

El presidente estadounidense se ordenó aquella acción es el mismo del que se cuenta que, ávido de decisiones sin peros ni matices, pidió un asesor económico manco que a cada afirmación no añadiera «*on the other hand*» (por otra parte). A Harry Truman no le sirvieron 72 horas para rectificar. El 9 de agosto repitió con otra bomba similar en Nagasaki. Estos dos hitos trágicos eclipsaron otros bombardeos sobre la población civil japonesa, incluso el considerado como el ataque no nuclear más mortífero de la historia: el 9 de marzo anterior, 1.700 toneladas de bombas

incendiarias lanzadas sobre Tokio mataron a unas 100.000 personas, hirieron a decenas de miles, dejaron sin hogar a un millón y arrasaron buena parte de la ciudad.¹⁰

Qué distinta la reacción de Luka Brajnović, periodista croata en el campo de refugiados de Fermo (Italia), que seguía emisoras internacionales y publicaba noticias de la marcha de aquella guerra. El mismo día de la matanza atómica, tras informar a sus lectores con la máxima precisión posible, escribía en su diario íntimo:

«La conciencia despiadada del hombre de hoy, siguiendo la voz de la pasión, ha elevado la inteligencia humana a un incalculable nivel en su búsqueda del reinado sobre la naturaleza. No estoy reafirmando las frases propagandísticas de la prensa estadounidense, sino que hablo desde la convicción; así como lo siento. Si no maduramos (...), podemos acabar lamentándonos en el sufrimiento y maldiciendo el día en que nacimos».¹¹

Esta finura analítica hizo de Luka Brajnović un maestro inspirador de treinta promociones de profesionales de la comunicación en la Universidad de Navarra, entre los que me cuento. Su huella, acrisolada por sufrir primero la represión nazi y después la comunista, sigue orientando la conciencia de quien se compromete con la verdad, la dignidad y la paz.

Comprender no significa justificar

Advertencia clave para entender cualquier realidad del pasado es la necesidad de ponernos las gafas de la época y con su mentalidad. Comprender no significa justificar. Hay realidades no excusables, pero sí explicables. En el siglo XVIII a. C. se produjo un avance legislativo sustancial con la ley del Talión, cuya fama

perdura con el conocido «ojo por ojo». Analizada con frialdad, no deja de ser un ejemplo claro de venganza más que de justicia.

Más de treinta siglos después, a la llegada de los españoles a América, la violencia extrema era práctica habitual en la cultura azteca. Prueba de esta normalidad no son los relatos críticos de autores europeos, sino los de los propios indígenas, recogidos en *Visión de los vencidos*. Ilustran dos ejemplos protagonizados por Moctezuma, asustado por los presagios y prodigios anunciados años antes de la conquista y que recuerdan al estilo premonitorio del Antiguo Testamento bíblico. El líder azteca pregunta a los sabios «si vendrá enfermedad, pestilencia, hambre [...] o si habrá guerra contra los mexicanos, o si vendrán muertes súbitas». Les reclama detalles sobre lo que está por llegar, «de dónde ha de venir, de [sic] el cielo o de la tierra». Esfumados los pronosticadores, Moctezuma se irrita con aquellos «bellacos» y ordena «que vayan a los pueblos donde ellos están, y maten a sus mujeres e hijos, que no quede uno ni ninguno y les derriben las casas». Las órdenes se cumplieron y «mataron a sus mujeres, a las que iban ahogando con unas sogas, y a los niños iban dando con ellos en las paredes haciéndoles pedazos, y hasta el cimiento de las casas arrancaron de raíz». Esta narración¹² –conviene insistir– procede de los propios nativos.

La misma fuente provee el segundo caso, ambientado años después y reflejo de la normalidad de los sacrificios humanos, cuando Moctezuma maquina cómo detener el avance de los conquistadores:

«Envió cautivos con que les hicieran sacrificio: quién sabe si quisieran beber su sangre. Y así lo hicieron los enviados. Pero cuando ellos (los españoles) vieron aquello (las víctimas) sintieron mucho asco, escupieron, se restregaban las pestañas; cerraban los ojos, movían la cabeza. Y la comida que estaba manchada de sangre la desecharon con náusea;

ensangrentada hedía fuertemente, causaba asco, como si fuera una sangre podrida». ¹³

A esos visitantes que rehusaron degustar la ofrenda de aquellos sacrificios, con el oro «se les puso risueña la cara», y poco después serían los sacrificados con parecido ritual. En Yacacolco, por ejemplo, murieron degollados cincuenta y tres españoles. Se ensartaron en picas sus cabezas y las de cuatro caballos.

La muerte violenta perdura, con cambios formales, según los siglos. En el XXI se promulgan o mantienen leyes que amparan la liquidación de culpables o inocentes con distintas variantes legales, como guerras, penas de muerte, abortos, etc. Cada una con su propio ecosistema circunstancial, son acciones legales que quizá en el futuro se interpreten como en 2022 hacemos con la ley del Talión o la represión azteca. Una posible clave de acierto civilizador reside quizá en actuar ahora con la proyección del mañana. Sobran experiencias de que legalidad no equivale siempre a justicia ni a licitud. La historia muestra también ejemplos de prudencia directiva, como la del rey Wenceslao de Bohemia (en checo, *Václav*), que prohibió la horca en el siglo X. Paradojas humanas, este santo patrono de la República checa murió asesinado por su hermano Boleslao.

Se debate si hubo o si perdura la Leyenda Negra. Que se hable de algo no implica su existencia, como negarla no asegura su desaparición. Resulta innegable el uso argumental de desacreditar a España, ya sea de forma explícita o solapada. El tema interesa, como lo prueban noticias y polémicas periódicas, como las protagonizadas por algunos presidentes de Venezuela, como Hugo Chávez y su sucesor, Nicolás Maduro; de México, Andrés Manuel López Obrador (AMLO); de Perú, Pedro Castillo; o líderes de algunas comunidades autónomas españolas. Tan legítimas son ciertas aspiraciones políticas como el derecho de todos a conocer la verdad histórica, o al menos a aproximarse con honradez a ella.

Medios de comunicación y universidades siguen generando noticias relacionadas con el contenido de la Leyenda Negra:

- *Onda Madrid, Madrid, 2021. La leyenda negra de la brujería.* Entrevista con el autor Raúl Ferrero, dentro del programa 'Madrid Misterioso'.¹⁴
- *ABC, Madrid, 2021. Nuevo ataque al legado hispano: proponen borrar los símbolos españoles del escudo de San Diego, EE.UU.* El concejal Joe LaCava presenta una propuesta para eliminar los símbolos sobre España en el escudo de esta ciudad que tiene su génesis en la misión establecida por fray Junípero Serra.¹⁵
- *El Mundo, Madrid, 2021. Cae otra 'leyenda negra': Isabel la Católica sí se lavaba.* Documentos desvelados por el archivo histórico 'online' de la Fundación Tatiana Pérez de Guzmán el Bueno muestran que la reina cuidaba su higiene.¹⁶
- *El País, Madrid, 2020. Toda la verdad sobre la Armada Invencible.* 'Contra Armada' reconstruye la gran victoria de Felipe II sobre Isabel I que los expertos británicos siempre han ocultado.¹⁷
- *Universidad de Málaga, Málaga, 2019. Geopolítica y Leyenda Negra.* Cursos de verano.¹⁸
- *El Independiente, Madrid, 2019. Guerra a la Leyenda Negra.* Historiadores y divulgadores reaccionan ante la pervivencia de la propaganda y prejuicios históricos antiespañoles.¹⁹
- *Crónica Global, Barcelona, 2019. La Leyenda Negra es la primera 'fake news' de la historia.* La historiadora catalana Doris Moreno, experta en los heterodoxos y la Inquisición, reflexiona sobre el mito y propone una España que no esté «enferma de pasado». ²⁰

- *LaSexta, Madrid, 2019. Por qué España tiene peor fama que otros conquistadores: las 'fake news' que originaron nuestra Leyenda Negra.* Reportaje en el programa La Sexta Columna.²¹
- *Universidad de Navarra, Pamplona, 2019.* Un experto mexicano afirma que la Leyenda Negra sobre la historia de España es rentable para ciertos sectores. Se presenta el libro *América en el mundo hispánico. Una revisión jurídica, histórica y política.*²²
- *eldiario.es (vía Efe), Madrid, 2019. España es autocrítica con la Leyenda Negra pero no sabe combatirla.* Conferencia del periodista José Julián Barriga.
- *BBC, Londres, 2019. AMLO pide que España se disculpe. Qué es la Leyenda Negra española sobre la conquista de América y qué tiene de cierto.*²³
- *La Vanguardia, Barcelona, 2019.* Borrell alerta contra «la Leyenda Negra de España que quiere crear el independentismo». El ministro lamenta que los abogados de los líderes del «procés» participen «de la maquinaria de desinformación del separatismo».²⁴
- *Ministerio de Defensa, Madrid, 2019. La Leyenda Negra: historia del odio a España.* Conferencia dentro del ciclo 'Épica y tinieblas'.²⁵
- *Euromind, Bruselas, 2018. Cinco siglos de Leyenda Negra frente a Europa.* Foro de debate organizado en el Parlamento Europeo.²⁶
- *UNED, Madrid, 2017. Leyenda Negra, imperiofobia e Ilustración.* Conferencia abierta al público.²⁷
- *RTVE, Madrid, 2017. 'Imperiofobia y Leyenda Negra', desmontando los tópicos sobre el Imperio español.* El

ensayo de María Elvira Roca Barea analiza la propaganda antiespañola.²⁸

- *Universidad CEU San Pablo, Madrid, 2016. ¿Podemos hablar de Leyenda Negra de la conquista de América?* Conferencia dentro del Seminario Permanente 'Ciencia, razón y fe'.²⁹
- *Télam, Buenos Aires, 2005. Se cumplen 513 años del mayor genocidio de la historia.* Con la llegada de los conquistadores se inició un exterminio que arrasó con noventa millones de pobladores de la región y quebró el desarrollo cultural de este lado del Atlántico.³⁰

Cinco claves para inyectar interés en el titular de una noticia

La última referencia procede de Télam, la agencia de noticias pública de Argentina. El texto informativo suscitó una gran controversia y aporta aprendizajes de comunicación reputacional.

Primero, aprovechar los aniversarios es lo que se llama en la prensa tener una «percha informativa». El calendario predispone a abordar ciertos temas que vienen a cuento, precisamente por coincidir con la efeméride: años, lustros, decenios, siglos, milenios... y, visto el eco exitoso, también cuando «se cumplen 513 años».

Segundo, la palabra genocidio garantiza repercusión mediática... aunque se refiera a hechos que nada tienen que ver con un fenómeno de esa naturaleza: exterminio o eliminación sistemática de un grupo humano por motivo de raza, etnia, religión, política o nacionalidad.

Tercero, si a la exageración del sustantivo se añade la adjetivación «mayor de la historia», la provocación aumenta sus opciones de

aparecer publicada.

Cuarto, cifras y porcentajes tienen vocación de titular periodístico en casi cualquier asunto. Si además el área temática es la Leyenda Negra, la garantía de difusión alcanza el 99 %.

Quinto, dominar el lenguaje es clave para elegir palabras con especial carga emocional. Al citado genocidio se unen el sinónimo «exterminio» y los verbos «arrasó» y «quebró».

Estas y otras claves de los medios de comunicación aparecen en el libro *Saber comunicar saber*,³¹ donde también incluyo una selección de artículos de opinión sobre temas delicados con intención divulgativa y conciliadora.

«España es diferente» es una frase que algunos atribuyen a Napoleón tras la derrota en Bailén (1808). El ministro de Turismo, Manuel Fraga, lanzó o relanzó en los años 60 del siglo XX una campaña de promoción internacional con el eslogan «*Spain is different. Visit Spain*», que pudo ser idea de su antecesor, Luis Bolín. Con este mensaje de obviedad retocada buscaba neutralizar la Leyenda Negra sin necesidad de compararse con otros países y, de paso, abrir algo la dictadura franquista a parámetros sociopolíticos del resto de Europa. Para un patriotismo ponderado y al margen del marketing, quizá sería más sensato matizar el evidente «*Spain is different*» con un modesto «*like any other great country*».

Años después, recuperada la democracia, no menos singular fue la Transición. Según el historiador estadounidense Stanley Payne, la imagen de España «cambió con gran rapidez y el aplauso internacional fue prácticamente unánime. Para los españoles, gozar de una opinión favorable en el escenario mundial era una nueva experiencia».³²

Conocer tanto la verdad histórica como la Leyenda Negra de España ayuda a reconciliarse con la realidad, premisa clave para cambiarla. Este somero repaso a los últimos 500 años desde la